

Ego que tiembla

ARCADI ESPADA

Pocos días atrás, el Gobierno de Francia nombró a Óscar Tusquets caballero de las Artes y las Letras. Fue un atardecer finito, con champán en las copas y damas vestidas de atardecer —Victoria Roqué, la mujer del artista, la gran cocinera que perdió el público, iba concretamente de ocaso veneciano—, y con un gatazo que desfilaba a la tricolor por los relieves del patio de la residencia del señor Alan Catta, cónsul. Cónsul que leyó sus folios de proclamación igual que un heraldo antiguo hubiera leído un pergamino: con oficio y distinción, ese cruce que habitan todos los profesionales de Francia. Luego de que el cónsul señalara sus méritos, y por vez primera ante mis ojos, Óscar Tusquets se puso a temblar. Temblaba al tiempo que hablaba, aunque eso no supone que dijera cosas temblorosas, sino que las dijo temblando.

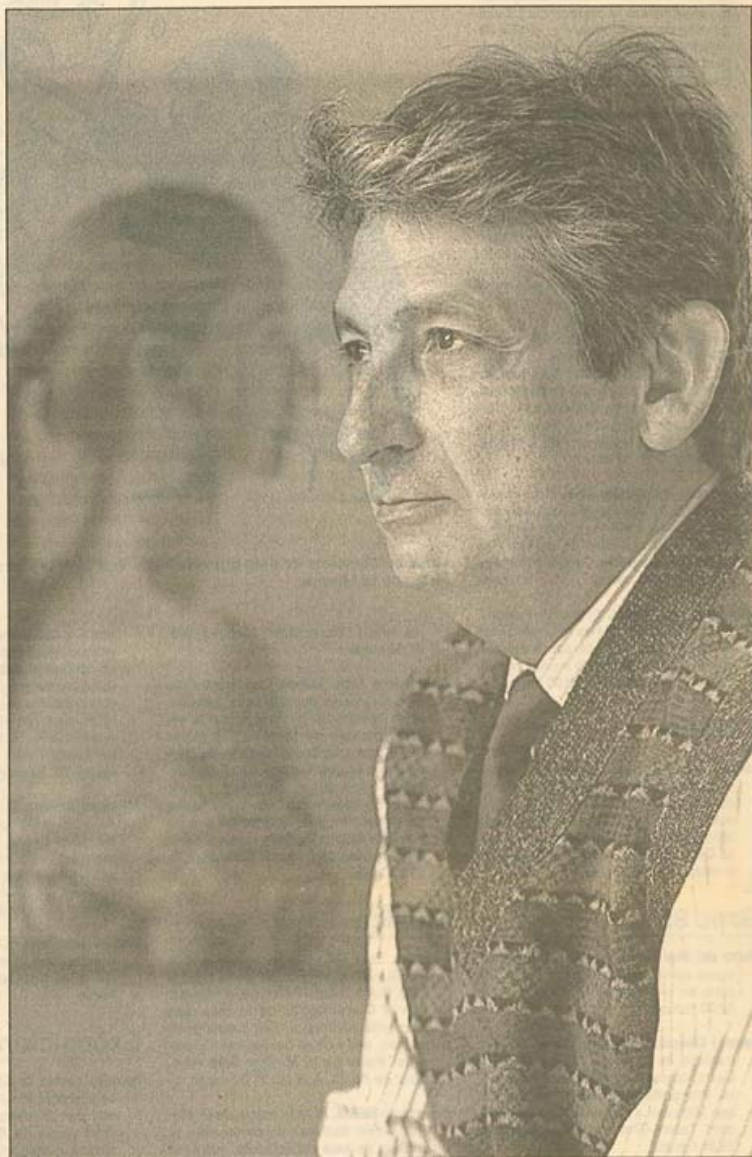
Porque lo que dijo, ciertamente, tuvo gracia y tiento e ironía, en especial cuando aseguró que la distinción no obedecía tanto a lo que él hubiera hecho por Francia —poca cosa: algún restaurante en París o las cavas de Chandon, aquí en Cataluña—,

A Óscar Tusquets Francia lo ha nombrado *chevalier de les Arts et les Lettres*. La otra tarde, el cónsul Alain Catta le prendió la distinción en la solapa. El diseñador, arquitecto, pintor, escritor, el poliédrico artista dijo, en pleno uso de su facultad irónica, que la distinción debía ir a cuenta, más que de lo que él ha hecho por Francia, de lo que Francia ha hecho por él. Francia, su Francia: Piaf, Camus o el melódico Sancerre.

que, pues, en un hombre tan hecho, fue la noticia.

Tusquets es un tipo, además de hecho, altivo y libre. Ideal para los que prefieren en los demás un ego franco y efervescente en lugar del ego cerrado, como un catarro que no acaba de salir: los médicos sostienen que esos son los peligrosos. No es su caso. Desde hace muchos años, también, es uno de los pocos hombres libres que habitan Cataluña. Un hombre libre y no lo que llamaban en Roma un *liberto* —es decir, un esclavo liberado, un hombre al que el amo, graciosamente o a cambio de renta, ha dado libertad—. Un hombre capaz de reconocer como maestros al pintor Dalí y al arquitecto Coderch y de reconocerlos cuando lo que sobresalía de ambos era, sobre todo, su apego autoritario, filofascista, según interpretaban. Alguien, Tusquets, autor de un libro vibrante, de una guía para moverse por lo contemporáneo sin la pelmacería de las respuestas estéticas o ideológicas (aunque con todas sus preguntas): *Más que discutible* se llama, obviamente, felizmente, ese libro donde puede leerse un

humilde y consecuente autorretrato de artista; ya se sabe las sorpresas, el tembleque, que producen los altivos. Al término de su capítulo *Apología de la facilidad*, y tras descubrirse ante el genio fácil de gentes como Velázquez, Antonio López o esos diseñadores que si no últiman en el rápido trasluz de una mañana el proyecto de una silla piensan que el diseño está equivocado, afirma: "Me considero un jugador de los que suda la camiseta, nunca da un balón por perdido y sale del campo embarrado hasta la coronilla. Por eso envidio a los artistas del balón que no se despeinan, igual que a los toreros que no tienen por qué co-



MARCELL LI SAENZ

Óscar Tusquets, nuevo caballero de las Artes y las Letras.

rrer atolondrados pisándose el capote tras el morlaco".

En el patio del cónsul, la única inquietud de las gentes afectaba a uno de los proyectos inmediatos del *chevalier*: la preparación de su obra completa, en la que ya trabaja, y que reunirá su producción en el diseño, la arquitectura y la pintura. La inquietud era de doble tipo: quien veía a Tusquets ya viciado en el afán prematuramente retrospectivo —jubilar— de tanto artista patrio

—hay aquí quien se dispone a anudar su obra completa y en el instante de vaciar los archivos dase cuenta de que lo que falta es obra—, y luego estaba la inquietud de los otros, impronunciable, la de aquellos para los cuales un tangible y contundente recuento de Tusquets supondría la imposibilidad lacerante de seguir considerándole un divino artista menor. A unos y a otros, Óscar Tusquets Blanca, ego tembloroso, ego de artista al cabo, la otra tarde, sonreía.